



DOS SONETOS DE LEOPOLDO DÍAZ

PARA LA ESTATUA DE GUTIÉRREZ NÁJERA

Bronce orgulloso, mármol impoluto,
Muerda el buril con ímpetu sonoro,
Para el poeta de la lira de oro,
De alas de cisne y corazón de luto.

Las Piérides depongan su tributo,
Alcen las ninfas ondulante coro,
Y ofrenden las Sirenas el tesoro
De su flauta, en que ríe el mar hirsuto!

Ruiseñor mexicano: mi elegía,
Hermana fiel de tu melancolía,
Va en pos de Ti, nostálgico de cielo,

Y al darte la violeta de su canto,
Ciñe tu sien de inmarchitable acanto,
Deshoja en tu sepulcro un asfodelo!

Geneve, 1907.

SALUTACIÓN LÍRICA

A Ruelas, hermano de Alberto Durero,
Que exalta y anima las cosas macabras,
Y dice más hondo que vanas palabras
Con las finas sombras del buril de acero.

Tu «Melancolía» que grabes espero;
Termina las copas de bronce que labras,
Y cante tus himnos, en vez de palabras,
Con sutiles rasgos tu buril de acero.

Levanto el carquesio de vino de Samos
En tu honor, artista, pues ambos forjamos
Las mismas Quimeras: tú, adusto y severo

Cual una montaña de enigmas remotos;
Yo, cisne embrujado de lagos ignotos,
Oh Ruelas, hermano de Alberto Durero!

Geneve, 1907.





POEMAS EN PROSA

EL FENÓMENO FUTURO.

Un cielo pálido sobre el mundo que, de-
crépito, se extingue, á punto, acaso, está
de partir con las nubes: los andrajos de
gastada púrpura de los ponientes, desti-
ñense en un río que se duerme en el hori-
zonte sumergido en fulgores y agua. Has-
tíanse los árboles, y bajo su follaje albeado
(por el polvo del tiempo, antes que por el
de los caminos), álzase la mansión de lona
del Expositor de las cosas pasadas: mu-
chos reverberos recogen el crepúsculo y
avivan las facies de una desventurada mul-
titud, vencida por la enfermedad inmor-
tal y el pecado de los siglos, de hombres
cabe sus ruines cómplices, preñadas de los
frutos miserables con los que ha de pere-
cer la tierra. En el silencio intranquilo de
todas las miradas suplicantes, de lejos, al
sol que bajo el agua se hunde con la des-
esperanza de un grito, ved el sencillo pre-
gón: «Ninguna enseña os hace gracia del
espectáculo interior, porque ya no hay pin-
tor capaz de figurarlo en una sombra tris-
te. Traigo, viva (y preservada á través de
los años por la ciencia humana), una Mu-

jer de otro tiempo. Suerte de locura, ori-
ginal é ingenua, un éxtasis de oro, ¡qué sé
yo! por ella nombrado su cabellera, plié-
gase con la gracia de las estrofas alrede-
dor de un rostro esclarecido por la desnudez
sangrante de los labios. En lugar del
vestido vano, tiene un cuerpo; y los ojos,
¡á piedras raras parecidos! no valen la mi-
rada que brota de su carne feliz; pechos
erguidos, como si llenos estuviesen de le-
che perpetua, con las puntas al cielo; pier-
nas lisas que guardan la sal de la mar pri-
mera. Recordando á sus pobres mujeres,
calvas, enfermizas y llenas de horror, los
maridos empújense; ellas también, por cu-
riosidad, melancólicas, quieren ver.

Cuando todos hayan contemplado á la
noble criatura, vestigio de alguna época
ya maldita, unos, indiferentes, porque no
habrán tenido fuerza para comprender; las-
timados otros, con las pupilas húmedas de
lágrimas resignadas, se mirarán; en tanto
que los poetas de este tiempo, sintiendo

reinflamarse sus ojos extintos, se encami-
narán hacia su lámpara, borracho un ins-
tante el cerebro de una gloria confusa, ob-

sesionados por el Ritmo y en el olvido de
existir en una edad que sobrevive á la be-
lleza.

LA PIPA.

Ayer he encontrado mi pipa, soñando
una larga velada de trabajo, de hermoso
trabajo de invierno. Arrojad los cigarril-
los con todas las alegrías infantiles del ve-
rano, en el pasado que iluminan las hojas
azules de sol, las muselinas, y vuelta á co-
ger mi grave pipa por un hombre serio
que quiere fumar largo tiempo sin moles-
tarse, con el fin de trabajar mejor; pero no
esperaba la sorpresa que me preparaba
esta desdeñada; apenas hube sacado de
ella la primera bocanada, olvidé mis gran-
des libros que están por liacer: maravilla-
do, enternecido, respiré el invierno pasado
que volvía. No había tocado á la fiel ami-
ga desde mi vuelta á Francia, y todo Lon-
dres, tal como le viví, por completo para
mi, sólo hace un año, se me ha aparecido;
primero esas amadas nieblas que arropan
nuestros cerebros y tienen, allá abajo, un
olor suyo, cuando penetran bajo la ventana.
Mi tabaco olía á una habitación obs-
cura, con muebles de cuero espolvoreados
por el polvo del carbón, sobre los cuales

se desperezaba el flaco gato negro; las
grandes chimeneas y la sirvienta con los
brazos rojos echando carbón, y el ruido de
esos carbones cayendo del cubo de lata
á la canastilla de hierro, por la mañana
—cuando el cartero daba el doble aldabo-
nazo solemne que me hacia vivir! He vuel-
to á ver por la ventana esos árboles enfer-
mos del *square* desierto;— he visto la alta
mar, tan á menudo atravesada este invier-
no, tiritando sobre la cubierta del *steamer*,
mojada de bruma y negra de humo, con
mi pobre muy amada errante, en traje de
viajera, una larga falda gris, color del pol-
vo de los caminos, un abrigo que se pega-
ba, húmedo, á sus hombros fríos, uno de
esos sombreros de paja sin pluma y casi
sin cintas, que las señoras ricas tiran al
llegar, tan despedazados están por el aire
del mar, y que las pobres muy amadas
vuelven á adornar para muchas tempora-
das aún. En torno á su cuello se arrolla-
ba el terrible pañuelo que agita uno al de-
cirse adiós para siempre.

QUEJA DE OTOÑO.

Desde que Maria me ha dejado para ir
á otra estrella —¿cuál Orión, Altair y tú,
Venus?— siempre he amado la soledad.
¡Cuántos largos días he pasado solo con
mi gato! Por *solo* entiendo sin un sér ma-
terial, y mi gato es un compañero místico,
un espíritu. Puedo, pues, decir que he pa-
sado largos días solo con mi gato, y, solo,
con uno de los últimos autores de la de-

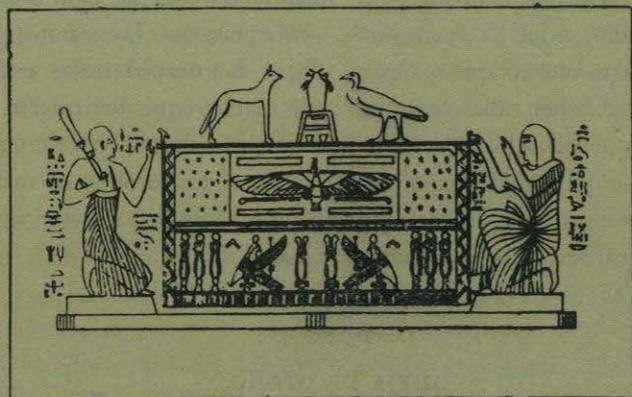
cadencia latina; porque desde que la blan-
ca criatura no existe, extrañamente y sin-
gularmente he amado cuanto se resume en
esta palabra: caída. Así, en el año, mi esta-
ción favorita son los últimos días aletarga-
dos del verano, que preceden inmediata-
mente al otoño, y en el día, la hora en que
paseo es cuando el sol descansa antes de
desvanecerse, con rayos de cobre amarillo

sobre los muros grises y de cobre rojo sobre los vidrios de las ventanas. Asimismo, la literatura, á la cual mi espíritu pide una voluptuosidad, será la poesía agonizante de los últimos momentos de Roma, con tal, sin embargo, de que no respire en modo alguno la proximidad rejuvenecedora de los Bárbaros y no balbucee el latín infantil de las primeras prosas cristianas.

Leía, pues, uno de esos queridos poemas (cuyas placas de colorete tienen más encanto sobre mí que el encarnado de la juventud) y hundía una mano en el pelo del puro animal, cuando un organillo cantó lánguidamente y melancólicamente bajo mi ventana.

Tocaba en la gran alameda, cuyas hojas

me parecen tediosas hasta en primavera, desde que María pasó por allí con cirios por última vez. El instrumento de los tristes, si, en verdad: el piano centellea, el violín da á las fibras desgarradas la luz; pero el organillo, en el crepúsculo del recuerdo, me ha hecho soñar desesperadamente. Puesto que murmuraba con aire gozosamente vulgar y que puso alegría en el corazón mismo de los barrios bajos, un aire pasado de moda, trivial: ¿en qué consiste que su ritornelo me llegaba al alma y me hacía llorar como una balada romántica? La saboreé lentamente y no eché una moneda por la ventana por temor á cambiar de postura y á darme cuenta de que el instrumento no canta solo.



LUZ DE LUNA

Por la negra ventana encristalada
Descolguéme, tremulante de pasión;
En los linos de tu lecho arrebuja
Eras Venus adormida, modelada
Para el Pórtico Sagrado del Amor.

Entintando tu cabello aquella nieve,
A mi loco devaneo pareció
Que era el haz de tu cabello, fino y leve,
Brusco apunte de una flama que se mueve
O de un ala destrozada de condor.

Oh tus brazos como el mármol de Carrara!
Oh las venas de tu cuello de marfil!
Tan sutiles como aquellas que trazara
Una oruga que en un lirio se arrastrara
Tras un baño ligerísimo de añil.

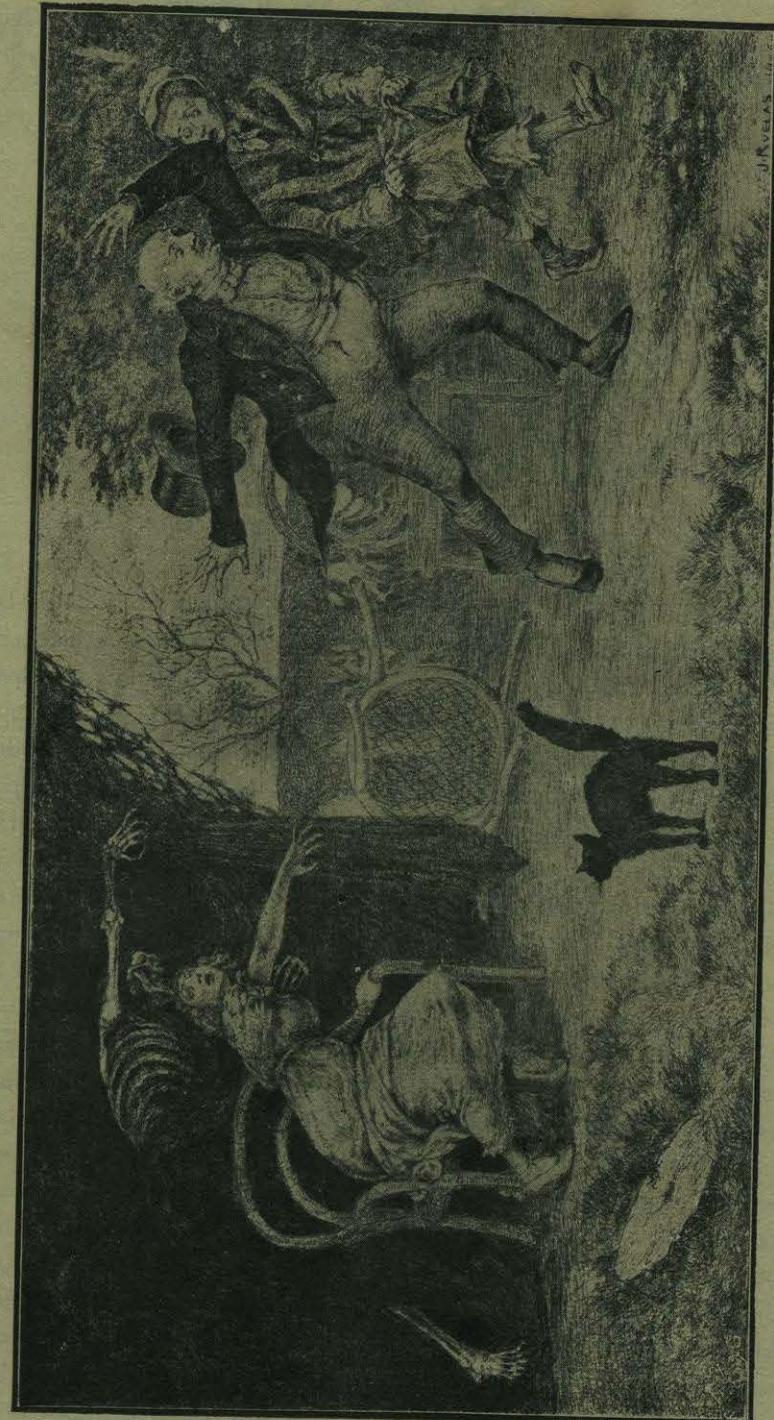
Tus pupilas, en mansiones ideales,
Prodigaban su fulgor de cielo azul;
Y en tu alcoba, silenciosa, los cristales

De la luna, como espejos irreales
Fragmentados, te envolvían en su luz.

Reposaban en la alfombra tus chapines
Vigilados por utópico lebrel;
Y asomándose entre blondas de cojines,
Parecían ramilletes de jazmines
O de rosas en botón, tus niveos pies.

Tal vez nunca volveré, mi dulce amada,
A mirarte tremulante de pasión,
En los linos de tu lecho arrebujaada;
Como Venus adormida, modelada
Para el Pórtico Sagrado del Amor.

ABEL C. SALAZAR.



La Muerte.—Aguafuerte de Julio Ruelas.



DILUCIDACIONES

«Los pensamientos é intenciones de un poeta son su estética,» dice un buen escritor. Que me place. Pienso que el dón de arte es aquel que de modo superior hace que nos reconozcamos íntima y exteriormente ante la vida. El poeta tiene la visión directa é introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto á las leyes del superior conocimiento. La religión y la filosofía se encuentran con el arte en tales fronteras, pues en ambas hay también una creencia artística. Estamos lejos de la conocida comparación del arte con el juego. Andan por el mundo tantas flamantes teorías y enseñanzas estéticas... Las venden al peso adobadas de ciencia fresca, de la que se descompone más pronto, para aparecer renovada en los catálogos y escaparates pasado mañana.

Yo he dicho: Cuando dije que mi poesía era «mía en mí,» sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente ó voluntad ajena, y en un intenso amor á lo absoluto de la Belleza. Yo he dicho: Ser sincero es ser potente. La actividad huma-

na no se ejercita por medio de la ciencia y de los conocimientos actuales, sino en el vencimiento del tiempo y del espacio. Yo he dicho: Es el Arte el que vence el espacio y el tiempo. He meditado ante el problema de la existencia y he procurado ir hacia la más alta idealidad. He expresado lo expresable de mi alma y he querido penetrar en el alma de los demás, y hundirme en la vasta alma universal. He apartado asimismo, como quiere Schopenhauer, mi individualidad del resto del mundo, y he visto con desinterés lo que á mi yo parece extraño, para convencerme de que nada es extraño á mi yo. He cautado en mis diferentes modos, el espectáculo multiforme de la naturaleza y su inmenso misterio. He celebrado el heroísmo, las épocas bellas de la historia, los poetas, los ensueños, las esperanzas. He impuesto al instrumento lírico mi voluntad del momento, siendo á mi vez órgano de los instantes, vario y variable, según la dirección que imprime el inexplicable Destino.

Amador de la cultura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días. He comprendido la fuerza de las

tradiciones, en el pasado, y de las previsiones en lo futuro. He dicho que la tierra es bella, que en el arcano del vivir hay que gozar de la realidad alimentados de ideal. Y que hay instantes tristes por culpa de un monstruo malhechor llamado Esfinge. Y he cantado también á ese monstruo malhechor. Yo he dicho:

Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo
Está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas,
Y Palenque y la Atlántida no son más que momentos soberbios
Con que puntúa Dios los versos de su agusto Poema.

He celebrado las conquistas humanas y he, cada día, afianzado más mi seguridad de Dios. De Dios y de los dioses. Como hombre he vivido en lo cotidiano; como poeta no he claudicado nunca, pues siempre he tendido á la eternidad. Todo ello para que, fuera de la comprensión de los que me entienden con intelecto de amor, haga pensar á determinados profesores en tales textos; á la cuquería literaria, en escuelas y modas; á este ciudadano, en el ajenjo del Barrio Latino, y al otro, en las decoraciones «arte nuevo» de los «bars» y music-halls. He comprendido la inanidad de la crítica. Un diplomado os alaba por lo menos alabable que tenéis; y otro os censura en mal latín ó en esperanto. Este doctor de fama universal os llama aquí «ese gran talento de Rubén Darío,» y allá os inflige un estupefaciente desdén... Este amigo os defiende temeroso. Este enemigo os cubre de flores, pidiéndoos por lo bajo una limosna. Eso es la literatura. Eso es lo que yo abomino. Maldígame la potencia divina, si alguna vez, después de un roce semejante, no he ido al baño de luz lustral que todo lo purifica: la autoconfesión ante la única Norma.

* * *

Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra. «Las pala-

bras —escribe el Sr. Ortega y Gasset, cuyos pensares me halagan,— las palabras son logaritmos de las cosas, imágenes, ideas y sentimientos, y por lo tanto, sólo pueden emplearse como signos de valores, nunca como valores.» De acuerdo. Mas la palabra nace juntamente con la idea, ó coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra. Tal mi sentir, á menos que alguien me contradiga después de haber presenciado el parto del cerebro, observando con el microscopio los neurones de nuestro gran Cajal.

En el principio está la palabra como única representación. No simplemente como signo, puesto que no hay antes nada que representar. En el principio está la palabra como su manifestación de la unidad infinita, pero ya conteniéndola. «Et verbum erat Deum.»

La palabra no es en sí más que un signo, ó una combinación de signos: mas lo contiene todo por la virtud demisírgica. Los que la usan mal, serán los culpables si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto á impresión de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos.

Yo no soy iconoclasta. ¿Para qué? Hace siempre falta á la creación el tiempo perdido en destruir. Mal haya la filosofía que viene de Alemania, que viene de Inglaterra ó que viene de Francia, si ella viene á quitar, y no á dar. Sepamos que muchas de esas cosas flamantes importadas, yacen, entre polillas, en ancianos folios españoles. Y las que no, son pruebas por corregir para la edición de mañana, en espera de una sucesión de correcciones. Aquí se está ahora, editorialmente —en Palma de Mallorca— desenterrando de sus cenizas á un Lulio. ¿Creéis que este Fénix resuci-

tado contenga menos de lo que puede dar á la percepción filosófica de hoy cualquiera de los repórters usuales en las cátedras periodísticas y más ó menos sobórnicas del día?

Construir, hacer, ¡oh juventud! Juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para orar. Y la constancia no será la menor virtud, que en ella va la invencible voluntad de crear. Mas

si alguien dijera: «Son cosas de ideólogos,» ó «son cosas de poetas,» decir que no somos otra cosa. Es expresar: además del cerdo y del cisne, que nos han adjudicado ciertos filósofos, tenemos el ángel.

¡Tener ángel, Dios mío! Pido exégetas andaluces.

RUBÉN DARÍO.

Mallorca.

CULPA A LA BRISA.....

No me culpes si á millares
te doy, lector, mis cantares.

Culpa á esas locas brisillas
que en mi derredor se mecen:
ellas traen las semillas
que sobre mi alma florecen
en versos y cancioncillas....

¡No me culpes, oh lector!
Soy como el tiesto olvidado:
aunque nunca esté regado,
nace en él la humilde flor....

MARÍA ENRIQUETA.



DE "LOS TROFEOS" DE JOSÉ M. DE HEREDIA

ESMALTE

He ahí la placa; el horno rojea. Fija el lampo.
Forja el metal que muestra su vivo irisamiento,
E incrusta con el fuego al sombrío pigmento
De tu pincel la chispa luciente como un ampo.

¿Hay héroe que merezca, de los lauros del campo,
Príncipe, sabio, amante, el divino ornamento?
¿Hay un dios por quien hagas bajo un cielo en tormento,
Saltar la hidra escamosa ó el azul hipocampo?

No. Graba en deslumbrante medalla de zafir
Un perfil orgulloso de guerrera de Ofir,
Talestris, Bradamante, Auda ó Pentesilea;

Y exalta su imponente deidad, con el decoro
De una quimera alada en su testa febea,
Y haz que el seno se combe so la gorgona de oro.

FUGA DE CENTAUROS

Rumbo á las foscas guájaras donde el cubil se apresta,
Van los centauros, ebrios de sangre y rebelión;